

DANIEL BENSÄID

Walter Benjamin, centinela mesiánico: a la izquierda de lo posible

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, El Cuenco de plata, 2021, 288 pp. Traducido por Alcira Bixio. ISBN: 978-987-4489-39-5

El temor ante los cambios abruptos y no deseados hace emerger en los seres humanos una de las facetas más llamativas de su naturaleza: su espíritu de conservación. Ante la eminencia del peligro, nuestro deseo por preservar las líneas generales de nuestra existencia y nuestra identidad nos vuelve absolutamente volátiles e impredecibles. Las circunstancias adversas pueden generarnos una suerte de amarga e inerte melancolía, cargada de pasividad y apatía, aunque también, paradójicamente, esta sensación puede estar acompañada por una enérgica y desesperada actitud de preservación, marcada por la praxis y la iniciativa. Es en esas situaciones límites en donde, ocasionalmente, las personas manifestamos no solo un perseverante estado de combate, sino además una sutil muestra de creatividad. Por eso mismo, en el seno de una trágica situación, es posible ver la explosión de algunas de las cualidades más fascinantes de los sujetos, catalizadas por un ambiente signado por el temor ante la pérdida y la futura añoranza.

La obra de Daniel Bensaïd, *Walter Benjamin, centinela mesiánico: a la izquierda de lo posible*, debe pensarse bajo estos mismos parámetros. Este libro, traducido recientemente al español por la editorial El Cuenco de plata, funciona como un registro escrito que expresa cómo esa llamativa articulación entre un deseo de conservación y una praxis creativa se encontró presente en la biografía del propio escritor. Redactado a comienzos de la década de 1990, el texto surgió como una respuesta frente al contexto que se avizoró a finales del siglo XX. En ese entonces, la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética habían producido a nivel internacional una profunda sensación de fin de época. Con el derrumbe del socialismo real, no solo se produjo un descrédito generalizado hacia toda forma de transformación radical de la sociedad, sino que también se afianzó completamente la versión más feroz del neoliberalismo. Con el fin del mundo bipolar y ante la ausencia de un bloque antagonico, este modelo económico y social arrasó con todo foco de resistencia y se consolidó a escala global. Frente a ese escenario, Bensaïd concibe a su obra como un medio para atesorar y proteger al marxismo, una tradición intelectual y política cuya esencia aparece momentáneamente en peligro de extinción. Para el autor, protagonista juvenil del mayo francés, activista clandestino contra los gobiernos dictatoriales de España y Brasil y militante orgánico del trotskismo, el atesoramiento y activación de esa herencia era una tarea prioritaria, en algún punto vital, para prepararse para los lúgubres tiempos venideros.

El materialismo histórico preconizado por Bensaïd se encontraba en las antípodas del marxismo oficial stalinista, profesado e impuesto como dogma por el Estado soviético y sus agentes, así como de la lectura reformista de las organizaciones socialdemócratas. Para el escritor, tanto uno como otro, el marxismo estatal y el que aspiraba a serlo, creían inocentemente en el mito del progreso histórico y difundían una lectura cerrada y hermética sobre la obra del intelectual alemán. La inocente confianza que estas vertientes profesaban por el futuro y por la idea de pensar a la historia como un destino ineluctable no solo había creado las bases para la derrota política, sino que de la misma manera había adormecido la vigilancia frente a la necesidad de conservar y recordar el pasado. En ese sentido, Bensaïd rescata una visión abierta, interpretativa y, podríamos pensar, ecléctica del marxismo que, desde una perspectiva herética y subterránea, alentaba el diálogo y el encuentro con otras

tradiciones de pensamiento. Esa apertura intensiva practicada por su marxismo furtivo se manifiesta en la variedad de pensadores que el autor incorpora en su argumentación. Entre sus citas aparecen nombres tan diversos como Louis-Auguste Blanqui, Jules Michelet, Friedrich Nietzsche, Gustav Landauer, Marcel Proust o Charles Péguy. No obstante, el referente central de su escrito no deja de ser, en todo momento, el filósofo alemán Walter Benjamin. Figura pequeña y frágil, extenuada por el cansancio, pero llena de destrezas y vigor, Benjamin no es recuperado por Bensaïd como una simple palabra de autoridad, sino como un empático compañero que, familiarmente, lo conduce por la oscuridad existente como un modesto barquero.

Este trabajo materializa la afinidad intelectual y emotiva que Bensaïd mantiene con la vida y obra de Benjamin. En varios pasajes del libro, el relato deja entrever este lazo íntimo y personal, destacado por las coincidencias biográficas, teóricas y metodológicas. Estas aproximaciones se evidencian particularmente en el uso por parte del autor de un estilo narrativo benjaminiano. Es que, como él mismo aclara al comienzo de su escrito, un libro que tome como eje a la figura de Benjamin no puede ser una simple biografía o disertación sobre su vida. Más bien, tomando como referencia el carácter del propio personaje, resulta necesario emplear sus mismas prácticas literarias, similares a las técnicas del montaje cinematográfico, que se encuentran cargadas de constantes flashbacks, collages explicativos y de citas explícitas u ocultas. Del mismo modo, esta decisión supone también replicar la perspectiva metodológica de Benjamin. Simulando la labor de un trapero, actor destacado por el filósofo alemán, Bensaïd se propone realizar un estudio en migajas, un estudio cuya mirada se detenga en el detalle, en lo particular, en lo olvidado, a partir de lo cual se puede pensar de un modo más acabado lo general.

Existe otro aspecto fundamental que ambos autores comparten: su experiencia de vida. Al igual que Bensaïd, quien observaba preocupado la consolidación del neoliberalismo a comienzos de la década de 1990, Benjamin también se encontró azotado por un sistema omnipotente que adquirió su faceta más monstruosa con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial: el nazismo alemán. Al margen de las particularidades de cada trayectoria, ambos pensadores se sintieron aislados y abatidos, abandonados a su suerte frente a un enemigo invulnerable que solo se lo podía eludir, momentáneamente, desde la actividad intelectual. Esta circunstancia compartida llevó a Bensaïd a pensar que su generación se encontraba, en términos contextuales, necesitada de los mensajes codificados de Benjamin. Dada la trágica situación, la transmisión y recepción de la herencia benjaminiana no era una opción, sino una tarea y una exigencia. Bajo esa lógica, los libros del crítico literario funcionaron para Bensaïd como una suerte de testamento: textos como *El origen del drama barroco alemán* (1925), *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (1935), *Zentralpark* (1938), *El libro de los pasajes* –obra inconclusa– y, sobre todo, *Tesis sobre el concepto de historia* (1942) aparecen mencionados y citados de forma permanente.

El acercamiento que Bensaïd propone hacia la figura de Benjamin es conmovedora e inteligente. Sin dar una respuesta concreta ni cerrada, el intelectual francés va otorgando a lo largo de su libro varios indicios y metáforas que permiten entender esa peculiar elección. El elemento central es el posicionamiento intelectual de Benjamin, ubicado en la articulación dialéctica entre el marxismo y judaísmo, que permite a Bensaïd encontrar, estratégicamente, un camino para la preservación del marxismo. Hay dos prácticas de la tradición judía que se presentan como centrales para lograr el objetivo: la esencia interpretativa de la cábala y el acto de rememoración.

Con respecto a la *cábala*, el ensayista enfatiza que este sistema interpretativo siempre valorizó la tarea infatigable de leer y descifrar el contenido de los textos sagrados. Nacida como un deseo de restaurar el pensamiento místico, la *cábala* tiene como principio vector la aceptación del carácter polisémico de la palabra escrita y, por lo tanto, el enaltecimiento de la lectura libre y hermenéutica de la misma. Aunque, como refiere Gershom Scholem en *La cábala y su simbolismo*, el núcleo de la cabalística ha sido intencionalmente olvidado por los judíos europeos contemporáneos, existen algunos miembros de la comunidad que aún encuentran en ella algún tipo de valor. Benjamin y Bensaïd, ambos judíos y marxistas, formaban parte de esa minoría principalmente porque concebían al arte de interpretar los textos como una forma de rechazar abiertamente no solo a los marxismos hegemónicos, sino también al Estado de Israel que, justificado en el argumento sionista, buscaba colocarse como la palabra autorizada de un pueblo que es, por definición, un pueblo sin Estado.

Por su parte, la rememoración, que en la obra de Benjamin representa el vínculo orgánico entre el materialismo histórico y la teología, posee un lugar sustancial en el pensamiento de Bensaïd. Para el autor, la rememoración alude a la memoria activa del pasado humano. Más que asemejarse a un recuerdo congelado y estático del tiempo pretérito, esta representa un acto de actualización y evocación viva del acontecimiento pasado, el cual permite entrelazar distintas temporalidades históricas de un modo único. A través de ella, Bensaïd encontrará una vía para mantener vivo al marxismo. Desde su propia óptica, él se entiende a sí mismo como un guardián de la tradición marxista, uno más dentro de una larga sucesión de centinelas mesiánicas entre los cuales se puede incluir a Benjamin. Del mismo modo que los marranos judíos, que ante la persecución del mundo cristiano optaron por rememorar el pasado de su pueblo y esperar la llegada del mesías, para el intelectual francés los marxistas deben rememorar el pasado y la praxis de los oprimidos de la historia con la intención, expectante, de despertar y utilizar esa fuerza en el momento mismo en el que emerja una crisis revolucionaria.

Según Bensaïd, la memoria viva de la rememoración no es archivista: no conserva de forma acumulativa ni indiscriminada los acontecimientos históricos. Contrariamente, esta proyecta hacia el presente los recuerdos sociales de los pueblos oprimidos, sus actos rebeldes y sus estallidos sociales, en vista de restaurar –y redimir– los escombros de aquellos mundos que pudieron ser, pero fueron –momentáneamente– derrotados. A diferencia de la historiografía decimonónica, el acto rememorativo desliga a la historia de la responsabilidad de reconstruir objetivamente los hechos, y la incita, en cambio, a considerar el pasado como un terreno maleable cuyo sentido se puede transformar retrospectivamente. Como sugiere Bensaïd, escribir la historia nunca puede ser una tarea limitada a la descripción sucesiva, lineal y cronológica de los sucesos pretéritos. Escribir la historia es, ante todo, una actividad que se encarga de citar, rememorar y revivir el pasado con el deseo profundo de exponer su potencialidad.

El libro de Bensaïd da sobradas muestras de su inteligencia y erudición, a un grado tal que, en ocasiones, resulta dificultoso seguir su hilo argumentativo. No obstante, dentro de esa prosa que por momentos se vuelve enigmática y esotérica, se vislumbra un escrito marcadamente político, mundano. La rememoración, categoría rescatada de Benjamin, actúa para el escritor como un catalizador. Mediante ella, todo lo perdido y olvidado por la historia oficial de los estados puede recobrase y reutilizarse para la revolución social. Simbiosis entre paraíso perdido y tierra prometida, enlace entre el sueño arcaico y la profecía libertaria, la revolución es presentada en el libro como la aspiración y finalidad última del ideario

marxista. Como acontecimiento, significa una ruptura histórica, un antes y un después que indica que ya nada será como antes. Su concreción implicaría el acrecentamiento del poder del ser humano sobre la naturaleza, la instauración de una fraternal asociación entre los productores y la búsqueda –permanente e interminable– de nuevos derechos. Su objetivo final no es la toma del poder, sino su abolición: el fin de la dominación del hombre sobre el hombre.

Sin embargo, antes de ser un levantamiento de las masas, la revolución para Bensaïd es, primero, un acto de memoria, un combate por la redención de las generaciones oprimidas y vencidas. Ese nexo con el tiempo pretérito es imprescindible para su explosión dado que la revolución es, en última instancia, una actualización de las potencialidades del pasado. Sin ser un proceso completamente azaroso, su acontecer tampoco puede ser predestinado. Pero sí puede y debe ser intensamente esperado, deseado y preparado. Bajo esas consideraciones, Bensaïd hace de su escrito un programa intelectual y político que no solo busca preservar la identidad y los principios del marxismo, sino que igualmente apuesta por el cumplimiento de sus objetivos. Como el mesianismo judío, la esencia de su libro propone una espera activa y militante que, sin ningún tipo de evidencias ni garantías, confíe en que, al igual que el mesías, la revolución finalmente se presentará a la cita.

FRANCISCO CAAMAÑO*

Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

* Profesor de Historia. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina. ORCID: 0000-0002-4113-0413. Correo electrónico: franciscocaama@gmail.com